
La prieta*

Gloria Anzaldúa

Cuando nació, Mamá grande Locha me inspeccionó las nalgas en busca de la mancha oscura, la señal del indio, o peor, de sangre mulata. Mi abuela (española, un poco de alemana, el rastro aristocrático debajo de su piel pálida, de ojos azules y cabellos enroscados, en un tiempo rubios) presumía que su familia fue una de las primeras que se establecieron en el gran campo de pastizales del sur de Tejas.

Qué lástima que nació m'ijita morena, muy prieta, tan morena y distinta de sus propios hijos güeros. Pero quería a m'ijita como quiera. Lo que me faltaba de blancura, tenía de inteligencia. Pero sí fue una pena que fui oscura como una india.

"No salgas al sol", mi mamá me decía cuando quería salir a jugar. "Si te pones más oscura pensarán que eres una india. Y no te ensucies la ropa. No quieres que la gente diga que eres una mexicana puerca". Nunca reconoció que aunque ya éramos americanos por seis generaciones, aún éramos mexicanos y todos los mexicanos son parte indios. Yo pasé mi adolescencia batallando con sus demandas incesantes de que me bañara, que fregara los pisos y los aparadores, y que limpiara las ventanas y las paredes.

Y cuando nos subíamos atrás en la camioneta del patrón que nos llevaba a los sembrados, me preguntaba, "¿dónde está tu gorra" (para el sol? La gorra¹ —el borde ajustado con tablillas de cartón, el olán volando sobre mis hombros— me hacía sentir como caballo con tapaojos, miembro de la legión extranjera francesa, o monja cabizbaja por su toca.

* Tomado de *Esta puente, mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*, ed. Cherrie Moraga y Ana Castillo, trad. de Ana Castillo y Norma Alarcón, Ism Press, San Francisco, 1998. Agradecemos a la autora el permiso de su publicación.

¹ Palabras escritas en este estilo indican términos y frases originales de la autora. Traductora.

Un día en medio del sembradío de algodón, tiré mi gorra y me puse un sombrero. Aunque no me protegía del sol tejano de 110°F [43°C] como la gorra, ahora podía ver en todas direcciones, sentir la brisa, secarme el sudor del cuello.

Cuando empecé a escribir este ensayo, hace casi dos años, el viento al que estaba acostumbrada de repente se convirtió en huracán. Abrió la puerta a imágenes viejas que me espantan, fantasmas viejos y todas las heridas viejas. Cada imagen una espada que me atraviesa, cada palabra una prueba. Aterrorizada, guardé el bosquejo de este ensayo por un año.

Estaba aterrorizada porque en esta escritura, tendré que ser dura con la gente de color que son las víctimas oprimidas. Aún tengo miedo porque tendré que llamarnos la atención a mucha mierda nuestra como nuestro propio racismo, nuestro miedo a las mujeres y a la sexualidad. Uno de mis más grandes temores es traicionarme a mí misma, de consumirme a mí misma con autocastigo, de no poderme quitar la culpa montada sobre mi espalda por años.

Estas mis dos manos
rápidas para darme cachetadas
antes que otros me las den.²

Pero sobre todo, estoy aterrorizada de hacer de mi madre la villana de mi vida en vez de enseñar cómo ella ha sido víctima. ¿La traicionaré en este ensayo por su temprana deslealtad conmigo?

Con el terror acompañándome, me sumerjo en mi vida y empiezo el trabajo sobre mí. ¿Dónde empezó el dolor, las imágenes que me espantan?

Las imágenes que me espantan

Cuando tenía tres meses, unas viejas manchas rosadas empezaron a aparecer en mi pañal. “Son sus rastros de esquimal”, le dijo el doctor a mi

² De “The Woman Who Lived Forever” (La mujer que vivió para siempre). Este poema y los poemas subsecuentes sin fuente de referencia provienen de mis propios escritos inéditos. Autora.

mamá. “A las niñas esquimales les empieza la regla temprano”. A los siete años me empezaron a crecer los senos. Mi mamá me los amarraba con una faja de algodón ajustada para que las criaturas en la escuela no los pensaran raros en comparación a sus propios pezones que parecían lunares morenos planos. Mi mamá me aseguraba un trapo doblado en mis pantaletas. “Mantén las piernas cerradas, Prieta”. Esto, el secreto negro entre nosotras, su castigo por haber fornicado antes de la ceremonia de boda, mi castigo por haber nacido. Y cuando se enojaba conmigo gritaba, “¡*He batallado más contigo que con todos los demás y no me lo agradezcas!*”. Mi hermana empezó a sospechar el secreto nuestro —que había algo “irregular” conmigo. ¿Qué tanto puedes esconder de una hermana con quien has dormido desde la infancia en la misma cama?

Lo que quería mi mamá a cambio de haberme dado a luz y por criarme era que me sometiera a ella sin rebelión. ¿Acaso me trataba de enseñar la habilidad para sobrevivir? No objetaba tanto mi desobediencia como mi cuestionamiento de su derecho a exigir mi obediencia. En esta batalla por el poder, se mezclaban su culpa de haberle dado vida a una niña marcada “con la seña”, y pensar que me había hecho víctima de su pecado. En sus ojos y en los ojos de los demás me vi reflejada como algo “raro”, “anormal”, “CURIOSA”. No vi otra reflexión. Incapaz de cambiar esa imagen, me retiré a los libros y la soledad y me alejé de la gente.

Durante todo el tiempo que crecía me sentía como si no fuera de este mundo. Un ser ajeno de otro planeta —me dejaron caer en el regazo de mi mamá. ¿Pero con qué motivo?

Un día cuando tenía siete u ocho años, mi papá dejó caer en mi regazo una novelita de vaqueros del oeste de 25 centavos, el único tipo de libro que él podía conseguir en la botica. El acto de leer me cambió para siempre. En las novelas de vaqueros que leía, todos los empleados, los villanos y las *cantineras* eran mexicanos. Pero yo sabía que los primeros vaqueros fueron mexicanos, que en Tejas éramos más numerosos que los anglos, que las estancias de mi abuela fueron robadas por el anglo voraz. Sin embargo, entre las páginas de estos libros, tanto el mexicano como el indio eran bichos. El racismo que después reconocí en mis maestros y jamás podría ignorar, lo encontré en la primera novela de vaqueros que leí.

Mi papá muriéndose, la aorta se le reventó mientras que manejaba, la camioneta se volteó, arrojó su cuerpo y la camioneta se volcó

sobre su cara. Sangre en el pavimento. Su muerte ocurrió cuando apenas entraba yo a la pubertad. El accidente destruyó irrevocablemente el mito de que existía una figura masculina que me cuidaría. ¿Cómo se pudo matar mi papá fuerte, bueno, hermoso como un dios? Qué dios tan estúpido y descuidado. ¿Qué tal si la casualidad y la circunstancia y el accidente mandaran? Perdí a mi papá, a dios, y mi inocencia, todo en un golpe sangriento.

Cada 24 días, fiebres violentas me quemaban el cerebro. Fluía de lleno la regla acompañada por calambres, amigdalitis, y fiebres de 105°F [41°C]. Cada mes un viaje a los médicos. “Pura imaginación” decían. “Cuando madures y te cases y tengas hijos el dolor se parará”. Una letanía monótona de los hombres de blanco durante toda mi adolescencia.

Así como la sangre en el pañal me había robado la niñez, la matanza en la carretera me había robado la adolescencia. Y entre mis manos, sin saber cómo, tomé la transformación de mi propio ser.

Nadie te va a salvar.
Nadie te va a soltar
corta las espinas alrededor.
Nadie va a liberarte
de las murallas del castillo
ni despertarte a tu nacimiento con un beso
ni bajarte por los cabellos,
ni subirte
en su corcel blanco.

No hay nadie que
alimente el anhelo.
Afréntalo. Tendrás que
hacer, hacerlo tú sola.
—de “Letting Go” (El entrego)

Mi papá ya muerto, mi madre y yo nos consolamos. ¿No nos habíamos criado juntas? Habíamos sido como hermanas —ella tenía 16 años cuando me tuvo a mí. Aunque me quería, sólo lo demostraba cubiertamente— en el tono de su voz, en una mirada. No era así con mis hermanos —ahí estaba el amor para que todo el mundo lo viera. Eran varones y substitutos de maridos, recipientes legítimos de su poder. Su lealtad fue y es para sus hijos varones no para las hembras.

Ver a mi madre buscar en mis hermanos la protección, los consejos —un acto irónico. Ella y yo sabíamos que no recibiría nada de ellos. Como la mayoría de los hombres, no tenían nada que dar, al contrario necesitaban de las mujeres. Resentía el hecho de que mis hermanos bien podían tocar y besar y coquetear con ella, pero no mi hermana ni yo. Resentía el hecho de que la intimidad física entre las mujeres era tabú, sucia.

Aun así no me podía descontar. "*Machona, india ladina*" me llamaba porque no me comportaba como una buena chicanita se debe comportar: después, con el mismo aliento me alababa y me regañaba, a menudo por la misma cosa —ser marimacho y andar con botas, no tener miedo de las víboras ni de las navajas, demostrar mi desdén hacia los roles de las mujeres, partir para la universidad, no hacer hogar ni casarme, ser una política, estar del lado de los campesinos.³ Aun a pesar de que ella trataba de corregir mis humores más agresivos, mi madre secretamente estaba orgullosa de mi terquedad. (Algo que nunca admitiré.) Orgullosa de que había trabajado para asistir a la universidad. Secretamente orgullosa de mis pinturas, de mi escritura, aunque mientras tanto se quejaba porque yo no ganaba dinero con eso.

Vergüenza

...tener temor de que mis amigos vieran a mi mamá, que llegaran a saber que era vulgar —su voz penetrando todo rincón. Siempre cuando entrábamos en un cuarto llamábamos la atención. No quería que mis amigos la oyeran alardear de sus hijos. Tenía miedo de que se le saliera algún secreto, de que me criticara en público. Siempre me hacía pasar vergüenza al decirle a todos que me gustaba pasar el tiempo acostada leyendo en vez de ayudarle con el quehacer.

...comer de la bolsa en la escuela, esconder nuestros "*lonches*" *papas con chorizo* tras las manos ahuecadas en forma de taza y tragarlos cabizbajos para que las otras criaturas no pudieran ver. El delito se encontraba doblado entre la tortilla. Las criaturas blancas se reían, llamándonos

³ Movimiento campesino Chicano para construir el sindicato de los United Farm Workers (Campesinos Unidos), encabezado por César Chávez y Dolores Huerta.

"tortilleros", las criaturas mexicanas tomaban esa palabra como un garrote con el que se podían pegar uno al otro. Mis hermanos, mi hermana y yo empezamos a traer sandwiches de pan blanco a la escuela. Después de un tiempo dejamos de llevar comida totalmente.

No hay belleza en la pobreza, en que mi madre solamente podía darle a uno de sus hijos el dinero para almorzar. (Todos nos pusimos de acuerdo de que se le diera a Nune, él crecía rápido y siempre tenía hambre.) No era muy romántico para mi hermana y yo andar vestidas con vestidos y pantaletas que mi madre nos hacía de costales de harina porque no podía comprarnos los de la tienda como las otras madres.

Bueno, ya no me da vergüenza, Mamá.

Mi corazón, se encorvó y rompió, una vez
avergonzada de tus costumbres chinas.

Amá, óyeme ahora, cuéntame tu historia,
otra vez y otra vez.

Nellie Wong⁴

No fue culpa de mi madre que fuéramos pobres, sin embargo tanto de mi dolor y vergüenza provienen de la traición entre las dos. Pero mi madre siempre ha estado ahí para mí a pesar de nuestras diferencias y los golfos emocionales. Nunca ha dejado de pelear; es una sobreviviente. Aún hoy puedo oírla discutir con mi padre sobre cómo criarnos, insistiendo que todas las decisiones se hicieran entre los dos. La puedo oír llorando sobre el cuerpo muerto de mi padre. Ella tenía 28 años, fue poco educada, no tenía habilidades comerciales, y aun así al criarnos sola su fuerza fue más grande que la de la mayoría de los hombres.

Después que murió mi padre, trabajé en la siembra cada fin de semana y cada verano, aun cuando era estudiante en la universidad. (Solamente migramos⁵ una vez cuando tenía siete años, viajamos en el trasero de la camioneta de mi padre con dos familias más a los campos

³ Nellie Wong, "From a Heart of Rice Straw" (Desde un corazón de paja de arroz), *Dreams of Harrison Railroad Park* (Sueños del parque Harrison Railroad), Kelsey Street Press, Berkeley, 1977.

⁴ "Migrar" es la expresión que usan los chicanos cuando se mudan para trabajar en la siembra. Nota de la traductora.

de algodón de Tejas occidental. Cuando perdí unas semanas de escuela, mi padre decidió que esto no podría suceder otra vez.)

...los aviones descendían sobre nosotros, cincuenta o hasta cien de nosotros nos dejábamos caer a la tierra, mientras una nube de insecticida nos laceraba los ojos, tapándonos las narices. Ni les importaba a los dueños de la industria agraria que no había sanitarios en las siembras anchas y abiertas, ni arbustos donde se pudiera una esconder.

A través de los años, los confines de la vida agraria y ranchera empezaron a enfadarme. El rol tradicional de la mujer era una silla de montar que yo no me quería poner. Los conceptos “pasividad” y “obediencia” rastreaban sobre mi piel como espuelas y “matrimonio” e “hijos” me hacían embestir más rápido que las serpientes de cascabel o los coyotes. Empecé a usar botas y pantalones de mezclilla de hombre y andar con la cabeza llena de visiones, con hambre de más palabras y más palabras. Despacio, dejé de andar cabizbaja, rechacé mi herencia y empecé a desafiar las circunstancias. Pero he pasado más de treinta años desaprendiendo la creencia inculcada en mí que ser blanco es mejor que ser moreno —algo que alguna gente de color nunca desaprenderá. Y es apenas ahora, que el odio de mí misma, el que pasé cultivando durante la mayor parte de mi adolescencia, se convierte en amor.

La muerte, la congelada reina de nieve

Escarbo una sepultura para enterrar a mi primer amor, un pastor alemán. Entierro el segundo, tercero y cuarto perro. El último sufrió vómitos y convulsiones, envenenado por el insecticida. Lo enterré junto a los otros, cinco montones de tierra coronados por cruces de ramos que hice.

...Nunca más animales favoritos, nunca más amores —ahora cortejo a la muerte.

... Hace dos años durante un día hermoso de noviembre en el parque Yosemite, caí al suelo con calambres, escalofríos severos y un temblor que se convirtió en espasmos próximos a convulsiones, después me dieron fiebres tan altas que sentía los ojos como huevos fritos. Sufri esto por doce horas. Le dije a todo mundo, “no es nada, no se preocupen, estoy bien”. Los primeros cuatro ginecólogos me aconsejaron una histerectomía. La quinta, una mujer, dice espera.

...El marzo pasado los fibromas en complot con una infección intestinal se me hicieron como sandías en mi útero. El doctor jugó con su

navaja. La Chingada abierta, violada por la vara del hombre blanco. El alma por un rincón del techo de hospital se ponía más y más débil, y me impulsaba a deshacerme de mis cochinadas, a soltar los temores y la basura del pasado que me estaban matando. Levanté la guadaña de La Muerte y me corté la arrogancia y el orgullo, las depresiones emocionales a las que me abandonaba, las mentiras que me digo a mí misma y a otra gente. Con su guadaña corté el cordón umbilical que me ata al pasado y a amigos y actitudes que me llevan abajo. Descortezar hasta el hueso. Hacerme absolutamente vulnerable.

...No puedo dormir por las noches. El ladrón dijo que volvería por mí. Alguien se fugó de la cárcel del condado y yo sé que él se escapó y vendrá por mí porque yo recogí una piedrota y lo perseguí, porque conseguí ayuda y lo agarramos. ¿Cómo se atreve a arrastrarme sobre piedras y ramas, raspándome las rodillas, cómo se atreve a cogerme de la garganta, cómo se atreve a estrangularme, cómo se atreve a echarme desde la puente [sic] y derramar mi sangre y quebrantar mis huesos en las piedras 20 pies abajo? Su aliento sobre mi cara, nuestros ojos sólo a unas pulgadas de distancia, nuestros cuerpos rodando sobre la tierra abrazados tan íntimamente que nos podrían confundir con amantes.

Esa noche el terror me encontró en la cama. No dejaba de temblar. Por meses el terror me llegaba por las noches y nunca me dejaba. Y aun ahora, siete años después, cuando ando en la calle en la oscuridad, y oigo pasos corriendo tras de mí, el terror me encuentra otra vez.

Nunca más animales favoritos, nunca más amores.

... uno de mis amantes me decía que era frígida cuando no me llevaba al orgasmo.

...traje mi novio peruano a casa y mi madre decía que no quería que su "Prieta" tuviera a un "mojado" de amante.

...Mi madre y hermanos me llamaban puta cuando les dije que había perdido la virginidad y que lo había hecho a propósito. Mi madre y hermanos me llamaban jota cuando les dije que mis amigos eran homosexuales y lesbianas.

...Un amigo me decía, "es tiempo que dejes de ser monja, una reina de hielo atemorizada de vivir". Yo no quería ser una regia reina de nieve con sonrisas heladas y las uñas listas para desgarrar a su víctima sin piedad. Sin embargo, yo sabía que mi ser distante, remoto, montaña dormida bajo la nieve era lo que le atraía.

Una mujer está enterrada debajo de mí,
sepultada por siglos, supuesta muerta.

Una mujer está enterrada debajo de mí.
 Oigo su suave murmullo
 la escofina de su piel pergamino
 combatiendo los pliegues de su mortaja.
 Sus ojos por agujas picadas
 sus párpados, dos polillas aleteando.
 —de “A Woman Lies Buried Under Me”
 (Una mujer está enterrada debajo de mí)

Siempre me sorprende la imagen que tienen mis amigos blancos y no-chicanos de mí. Me sorprende *lo poco* que me conocen, y el hecho que no los dejo que me conozcan. Han sustituido el retrato negativo que la cultura blanca tiene de mi raza con uno muy romántico e idealizado. “Eres fuerte”, mis amigos dijeron, “como una roca”.

Aunque el poder de tal imagen puede ser real, las cualidades míticas que lo acompañan no permiten que me traten como persona y me quitan la posibilidad de realizarme. El tener este “poder” no me exime de ser víctima en la calle, ni tampoco me hace la lucha para sobrevivir y para comer más fácil. Para soportar el dolor y para controlar mis temores, me he cortado el pellejo. Oh son tantos los nombres del poder —orgullo, arrogancia, control. No soy la congelada reina de nieve sino una mujer de carne y hueso con el corazón tal vez muy tierno, que se hiere fácilmente.

No soy invencible, te digo. Mi piel es tan frágil como la de un bebé. Soy huesos quebradizos y humanos, te digo, soy un brazo roto.

Tú eres el filo de la navaja, me dices. Hazlos cagar del susto. Sé el holocausto. Sé la Negra Kali. Escúpeles a los ojos y nunca llores. Oh ángel rota, tira el molde, remienda el ala. No seas piedra sino el filo de la navaja y quema con la caída.

—Entrada en el diario, solsticio de verano de 1978.

Quién es mi gente

Soy una puente [*sic*] columpiada por el viento, un crucero habitado por torbellinos, Gloria, la facilitadora, Gloria, la mediadora, montada a horcajadas en el abismo. “Tu lealtad es al Tercer Mundo”, me dicen mis amigos negros y asiáticos. “Tu lealtad es a tu género, a las mujeres”, me dicen las feministas. También existe mi lealtad al movimiento gay, a la

revolución socialista, a la Nueva era, a la magia y lo oculto. Y existe mi afinidad a la literatura, al mundo artístico. ¿Qué soy? *Una lesbiana feminista tercermundista inclinada al marxismo y al misticismo*. Me fragmentarán y a cada pequeño pedazo le pondrán una etiqueta.

¿Me dices que mi nombre es la ambivalencia? Piensa en mí como Shiva, con un cuerpo de muchos brazos y piernas con un pie en la tierra color café, otro en lo blanco, otro en la sociedad heterosexual, otro en el mundo gay, otro en el mundo de los hombres, de las mujeres, un brazo en la clase obrera, los mundos socialistas y ocultos. Un tipo de mujer araña colgando por un hilo de su telaraña.

Mi identidad es de mujer. Quien ultraja a las mujeres me insulta a mí.

Mi identidad es de lesbiana. Quien insulta a las lesbianas me ultraja a mí.

Mi identidad es de feminista. Quien menosprecia el feminismo me desprecia a mí.

A quién le echamos la culpa

El estirón entre lo que es y lo que debe ser.

¿Se encuentra la raíz de nuestro malestar social en nosotros y dentro de las instituciones patriarcales? ¿Será que nuestras instituciones nacen de sí mismas y se multiplican por sí mismas y nosotros somos simplemente peones? ¿Será que las ideas tienen su origen en la mente humana o salen de algún limbo donde las ideas brotan sin nuestra ayuda? ¿A quién le echamos la culpa por todo el malestar que vemos alrededor nuestro? A nosotros mismos o al “capitalismo”, al “socialismo”, a los “hombres”, a las “mujeres”, a la “cultura blanca”.

Si no creamos estas instituciones, seguramente las perpetuamos con nuestro apoyo inadvertido. ¿Qué lecciones aprendemos del ladrón?

Seguramente el racismo no es solamente un fenómeno blanco. Los blancos son “los meros meros” y se cagan sobre el resto de nosotros cada día de nuestras vidas. Pero lanzar piedras no es la solución. ¿Le damos al opresor/ladrón las piedras que nos lanza? ¿Cuántas veces nosotros, la gente de color, ofrecemos el cuello al machetazo? ¿De qué manera dejamos que nos amarren las manos? ¿Nos tapamos nosotros mismos las bocas con nuestra resignación de “dios lo manda”? ¿Cuántas veces nos negamos a nosotros mismos antes de que cante el gallo, nos deshacemos de nuestros sueños y los pisoteamos en la arena? ¿Cuántas veces fallamos al no darnos ayuda uno al otro para subir los escalos-

nes? ¿Cuántas veces hemos dejado que otros carguen con nuestra cruz? ¿Dejaremos que nos crucifiquen una y otra vez?

Es difícil liberarme del prejuicio cultural chicano en el que nací y me crié, y del sesgo cultural de la cultura anglo con que me lavaron el cerebro. Es más fácil repetir los modelos y actitudes raciales que resistirlos, especialmente los que hemos heredado por miedo y prejuicio.

Como una vieja chancla favorita que ya no nos queda, no queremos deshacernos de nuestro ser antiguo y cómodo para que el nuevo ser nazca. Tememos a nuestro poder, tememos a nuestro ser femenino, tememos a las mujeres de espíritu fuerte, especialmente al aspecto de la Negra Kali, oscura y terrible. Por lo tanto, le rendimos homenaje al poder fuera de nosotras, poder masculino —poder externo— y no al poder dentro de nosotras.

Yo no veo a los pueblos tercermundistas y a las mujeres como opresores sino como cómplices inconscientes de la opresión, legando a nuestros hijos y a nuestros amigos las ideologías de los opresores. No puedo descartar el rol de cómplice de que hago como cómplice, que todos hacemos de cómplices, ya que no gritamos lo suficiente recio en protesta.

La enfermedad de la impotencia crece en mi cuerpo vigorosamente, no sólo allá afuera en la sociedad. Y así como el uso de guantes, máscaras y desinfectantes no mata esta enfermedad, tampoco las becas del gobierno, programas de derechos equitativos, o cupones para la comida desarraigan al racismo, sexismo, u homofobia. No es la respuesta escoger unos pocos como modelos, el compartir la torta no funcionará. La probé una vez y casi me envenena. Con mutaciones de virus como estos, no se puede aislar uno y tratarlo. Todo el organismo se envenena.

Yo estoy con lo que amenace a nuestra opresión. Estoy con lo que nos rompa las ataduras sin matar y mutilar. Estoy con lo que sea y con quien sea que nos saque de nuestras vistas limitadas y despierte en nosotros los potenciales atrofiados.

Como le doy la espalda a este viaje infernal por el cual la enfermedad me ha hecho pasar, las noches alquímicas del alma. Desgarrada de pies y cabeza, apuñalada, asaltada, golpeada. Me arrancaron la lengua (español) de la boca, y me dejaron sin voz. Me robaron mi nombre. Me chingaron las entrañas con el cuchillo de cirujano, y echaron el útero y ovarios en la basura. Castrada. Me apartaron de los míos, me aislaron. Me chuparon la sangre-vida por mi papel de mujer criadora —la última forma del canibalismo.

El mundo zurdo

El estirón entre lo que es y lo que debe ser. Creo que al cambiarnos, cambiamos al mundo, que el viaje por el camino de El Mundo Zurdo es el camino de un movimiento en dos sentidos —irse al fondo de una misma y extenderse hacia el mundo, una recreación simultánea de una misma y una reconstrucción de la sociedad. Pero me siento confusa sin saber cómo se logra esto.

No puedo descontar el hecho de que miles se acuestan diariamente con hambre. Los miles que hacen el atontecedor trabajo de mierda ocho horas diarias toda su vida. Los miles a quienes matan y golpean todos los días. Los millones de mujeres a quienes han quemado, los millones a quienes han violado. ¿Dónde está la justicia para esto?

No puedo reconciliar el ver a un niño golpeado con la creencia de que escogemos lo que nos sucede, que creamos nuestro propio mundo. *No puedo resolver esto en mí misma.* No sé. Sólo puedo especular, tratar de integrar las experiencias que he tenido y atestiguado y tratar de buscarle el sentido a la violencia que nos hacemos uno al otro. En breve, trato de crear una religión en mis entrañas, y no desde lo externo. Trato de hacer las paces con lo que me ha sucedido, con lo que es el mundo, y con lo que debe ser.

Cuando crecía, me sentía como una extraña que cayó al regazo de mi madre de otro planeta. ¿Pero con qué propósito?

La mezcla de sangre y afinidades, en vez de confundirme o desequilibrarme, me ha forzado a lograr un cierto balance. Las dos culturas me niegan un lugar en su universo. Entre ellas y entre otras, yo construyo mi propio universo. *El Mundo Zurdo.* Yo me pertenezco a mí misma y no a cierto grupo.

Yo ando por la cuerda floja con facilidad y gracia. Me extiendo sobre los abismos. A ciegas en el aire azul. La espada entre los muslos, una espada calentada por mi carne. Ando la cuerda —una acróbata en contrapaso, experta en el Acto de Equilibrio.

La lógica, el patriarcado y el heterosexual han gobernado y han sido los dueños por mucho tiempo. Mujeres tercermundistas, lesbianas, feministas, y hombres orientados al feminismo de todos los colores se unen y se juntan para rectificar el balance. Solamente juntos podemos ser una fuerza. Nos veo como una red de espíritus emparentados, un tipo de familia.

Somos los grupos raros, la gente que no pertenece a ningún sitio, ni al mundo dominante, ni completamente a nuestra propia cultura. Todos juntos abarcamos tantas opresiones. Pero la opresión abrumadora es el hecho colectivo que no cuadramos, y porque no cuadramos *somos una amenaza*. No todos tenemos las mismas opresiones, pero tenemos empatía y nos identificamos con las opresiones de cada uno. No tenemos la misma ideología, ni llegamos a soluciones semejantes. Algunos de nosotros somos izquierdistas, algunos somos practicantes de la magia. Algunos de nosotros somos ambos. Pero estas afinidades distintas no se oponen. En el mundo zurdo yo con mis propias afinidades, y mi gente con las suyas, podemos vivir juntos y transformar al planeta.

Traducción: Ana Castillo y Norma Alarcón